

# Sábado Literario

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

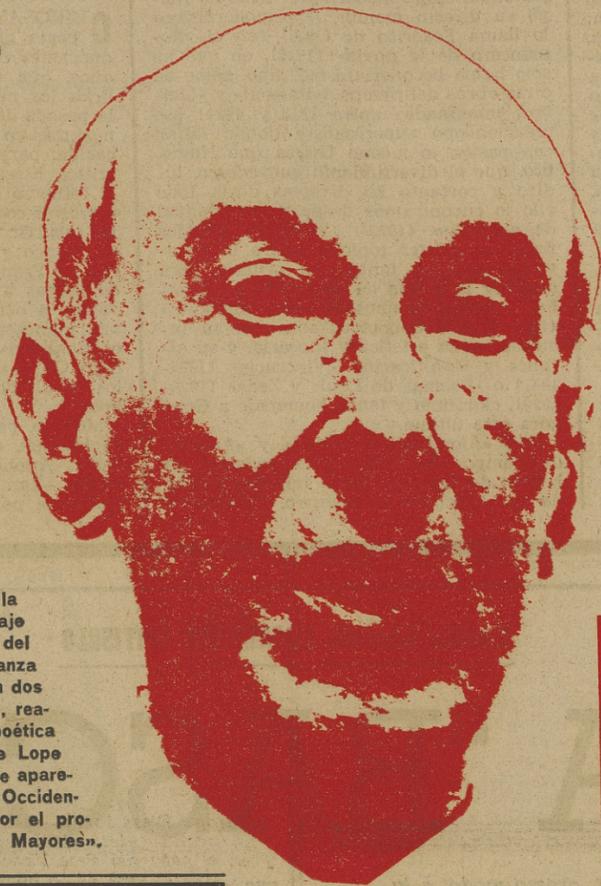
TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal  
del diario PUEBLO

Sábado 8 de marzo  
de 1980

COMO de Lope, podemos decir hoy de Gerardo Diego: «Creo en Gerardo, poeta del cielo y de la tierra», que lo hemos pensado siempre, y proclamamos estentóreamente ahora con motivo del reconocimiento exaltado por el premio «Cervantes». De aquí a que se le entregue el galardón —el día 23 de abril— habrá que reseñar todavía muchos homenajes. Se le ha tributado uno en la Peña Valentín, con intervención de distintos oradores —Cid, Buero Vallejo, Pedro de Lorenzo, Zumel, Lázaro Carreter— entre los que figuró José García Nieto con los versos que damos a continuación. Igual que damos el artículo de un joven poeta y crítico, Julio López. Y más: la noticia de la prolongación de este homenaje el mismo día, en la Casa del Libro, organizado por Alianza Editorial, pues se presentaban dos libros gerardinos: el histórico, realizado por él, «Antología poética en honor de Góngora» («De Lope de Vega a Rubén Darío») que apareció en 1927, en «Revista de Occidente», y la selección hecha por el propio poeta de sus «Poemas Mayores».



## GERARDO GERARDO GERARDO

### Canto a Gerardo Diego desde la Peña Valentín

¡Ay, Cervantes, Cervantes, Cervantes!,  
¿por qué no has llegado antes?

G. D.

Escribe: Julio LOPEZ

### HACIA UNA SINTESIS SECRETA: GERARDO EN SU DESTINO UN MAGISTERIO "MOLESTO"

La inutilidad de ciertos premios literarios es parangonable en algunas ocasiones al desdoro o impureza en que han incurrido otros. Naturalmente, esto no debería decirse de un premio como el Cervantes, compartido en la última versión por dos egregios (Borges-Diego), como no se debería decir del Nobel de Literatura que concede la Academia sueca. Pero ¿es válido o procedente para el escritor o el iniciado—no entraré en el editor o el público en general—descubrir a quien ya estaba descubierto? Naturalmente, siempre hay que concluir reconociendo lo positivo de cualquier galardón (moral o pecuniario) cuando la situación sociomoral del escritor ha sido y es depauperada. ¿Tiene entonces algún interés para nosotros, escritores jóvenes, reconocer a través del Premio Miguel de Cervantes el magisterio de un clásico como Gerardo Diego? Aparentemente, no, y sin embargo ¡qué ocasión, superada la urgencia periodística, para reflexionar sobre este «molesto magisterio»!



(Pasa a la  
página  
segunda  
de este  
Suplemento.)



A Y, Gerardo, Gerardo, Gerardo,  
como no soy Cervantes,  
ya ves que yo no tardo,  
que siempre llego antes;  
«antes de tiempo y casi en flor» te he visto,  
y te he seguido; insisto  
en tu amistad desde hace años, siglos;  
te observo en la espelunca  
del Gijón, entre ángeles, y ninfas y vestiglos,  
y no adivino nunca  
qué te hace más feliz: el soñarte despierto  
o el despertar en sueños de los que te se-

guimos.

Y por más que me ensayo nunca acierto  
a exprimir y a embriagarme en los racimos  
de tus versos, que nacen cada día  
acentrados y opimos.  
De ellos bebemos, sí, de ellos bebimos  
en un niño y radiante mediodía.  
A tu lado he crecido y he rimado,  
no sé si para bien ni si en palacio,  
pero me siento en ti justificado  
y en mi aldea verbal sigo despacio  
huellas que son tu amor y son tu guerra.  
¡Oh, pacificador de la palabra,  
que la tierra me trague, que se abra,  
si tú no eres verdad, bajo mis pies, la tierra!

Ahora el mundo, la monda  
(ya los conoces) ven en los millones  
una nueva versión donde se esconda  
la fortaleza de tu poesía  
que tiene más de ochenta torreones,  
ochenta altivas cofas y un vigía:  
años y lenguas, versos incesantes,  
¡ay!, Gerardo, Gerardo,  
párvulo de Cervantes,  
colegial de verdad, de los de antes:  
áspero para algunos, piel de cardo,  
y no saben que mil jazmines crecen  
o mil rosas nubienses, digo nubias,  
nacen, desaparecen  
por esa calle que te lleva en vilo:  
ya llego a Covarrubias...  
nueve; las nueve musas que te esperan  
eran y perseveran,  
beben en un pistilo  
la miel que tú has dejado;

se juntan, se amontonan y te alhajan  
y en nueve estrellas de la noche bajan...  
¡Qué bien se va a tu lado!  
Aunque mi Garcilaso no volviera,  
para marcarte el paso  
por esta ya imposible primavera,  
—siempre ha llorado y llora Garcilaso—  
yo sería tu alfil y tu escudero,  
o «escuredo» de ti, jándalo bético,  
dios que desde tu fe batallo y muero,  
por mítico, por ático, por ético.

Panel eres, y soy celdilla oscura,  
y exagonal, y angosta, y geométrica,  
que estrecha al Duero y como el Duero dura.  
Está cerca la cera amarga y tétrica  
que tú haces con tu luz ventana pura.  
Zánganos somos todos desde el verso,  
y el remiso y el agrio y el onverso,  
por ti, todos a una  
como en Fuenteovejuna  
ladramos y cantamos a la luna...  
Y un día el aire suave y los ciclones,  
y los alisos y los matacabras  
traen, después de mil millas, los millones  
y te llenan de oro las palabras.  
Y aún cortos se quedaron y tardios;  
¡ay, Cervantes, Cervantes!,  
Rocinante no pudo llegar antes,  
y al mar se acercan sin cesar los ríos.  
Pero tú, más allá de los confines,  
cantarás desde Soria a Compostela,  
cuando una sucesión de Valentines  
llene con versos tuyos la escarcela.  
¿Serán zumos de Zumel trasvasados?  
¿Elevarán un alba de alhelies?  
¿Traerán bombo y platillo edulcorados,  
o en ristre acercarán sus bisturios?  
Otros vendrán y beberán. Bebamos  
por ellos hoy, que aquel que da primero  
da dos veces, y mientras lo pensamos  
sea Félix copero del coplero.  
¡Ay, Gerardo, Gerardo millonario!  
Qué risa da, qué risa da, qué risa.  
¿Tendrán pronto una visión extraordinario  
todas las azucenas en camisa?

José GARCIA NIETO

## ⇒ GERARDO, UN MAGISTERIO "MOLESTO"

CUANDO se pasa de la ancianidad a la vitalidad, el escritor vivo pasa, qué duda cabe, al reino de los intocables, o bien a las estancias del olvido e incluso la revisión crítica (positiva o negativa). Pero como pontificar —y la generalización es un temible pontificado— no resuelve juicios literarios, habrá que preguntarse de una maldita vez si la obra poética de Gerardo Diego encierra algún interés para el escritor joven, y si de su figura se desprende alguna irradiación particular, del brillo que sea. Personalmente, pienso que Diego es, en el viejo sentido del término, uno de los últimos representantes (¿acaso el último?) del «poeta total»; no tanto en el sentido de «puro» que los críticos le asignaron a Juan de Mena o Fernando de Herrera como primeros ilustres desbocados en Europa, desde sus exclusividades, sino sobre todo conservador de una visión total, cíclica, dialéctica y condenatoria de la literatura. Antes lo fue Neruda. Mucho antes lo fue Juan Ramón. Acaso lo son todavía Jorge Guillén y Vicente Aleixandre. Acaso, en un «tour de force» todavía ignorado para muchos, lo es Francisco Pino también. O Juan Gil-Albert. Alguien, no malicioso, sino ingenuo, pensará que todos ellos, de forma particular o epigonal, vienen a coincidir en aquello de su adscripción a la poesía española de los años veinte-treinta. ¿Por qué negarlo? Mario Vargas Llosa y Octavio Paz formularon en distintas ocasiones y maneras su creencia en ciertas «constelaciones mágicas» de autores, cuya existencia y alcance es difícil explicar como

no sea por la eclosión o influjo de ciertos movimientos astrales.

Pero volvamos a lo nuestro. ¿Nos referimos, al hablar de Gerardo Diego, al fósil entrañable que nos recuerda el añejo olor a romanticismo que nos iluminara en la adolescencia? A fe que no, al menos en mi caso. Sucede, eso sí, que el magisterio de los vivos, no sólo viene a resultar molesto, sino que subleva a las ya muchas generaciones que han venido a posarse tras su estela, haciendo el mismo efecto de que el tiempo y los cambios no pasarán, cuando en cambio él supone y representa, como una bula eterna, el mito de la renovación perpetua, elevada a categoría estética. Pero, si vamos a ser honestos, lo cortés no quita lo valiente, aunque, por reacción y por inercia lógicas, el paso de las corrientes y las modas haya pretendido precisamente ir en contra, de forma contumaz, de esa misma categoría estética. En España siempre fue mal vista la torrencialidad creadora, que es el caso de Gerardo, con ser, según los pidalinos, tónica de nuestra ilustre idiosincrasia patria. Claro que hay que diferenciar: dentro de esa misma torrencialidad tenemos la facundia (caso de Zorrilla) o la fecundidad (caso de Lope de Vega). A mi parecer, Gerardo entra en estos últimos. Por otra parte, nadie ha podido agradecerle (¿perdonarle?) suficientemente su innovación agresiva en el terreno de las antologías, esa zona tan discutible y discutida de nuestra poesía última. Cuando en 1932, recogiendo textos comprendidos al menos entre 1915 y 1931, publicó su

«Antología de poesía española», pocos imaginaban lo que se venía encima.

## ESE LARGO CURRÍCULUM

AUNQUE esto no sea ningún elogio fúnebre, alguien querrá saber de dónde, exactamente, procede la fecundidad careada de Gerardo Diego. La última cabeza visible del movimiento romántico español (la etapa modernista) tiene en Diego su directo mentor («posmodernismo» lo llama Federico de Onís) con el «Romancero de la novia» (1918), en que no sólo había becquerianismo, sino, como en otras obras del tiempo («Imagen» y «Limbo», imaginadas entre 1918 y 1921) ese creacionismo superrealista donde latían con pasión lo mismo Larrea que Huidobro, que el divertimento quevedesco, lúdico y cortante. En diversas dosis, todo ello lo encontramos después en «Manual de espumas» (1922). ¿Y dónde guardar nuestros «tristes tópicos» sobre la rehumanización en tanto que criterio para analizar la poesía de posguerra en España, si consideramos «Versos humanos» (1918-1925)? Conocidos son, con su inmensa carga estética y literaria, y su alcance y significación «Viacrucis» (1924-1941) o «Poemas de Equis y Zeda» (1926-1929), clarísimo y tenaz homenaje a Góngora este último.

Con «Alondra de verdad» y «Angeles de Compostela» (1926-1957) podemos ya hablar de Gerardo como inmerso dentro de un clasicismo de maestro. En torno a

las fechas de los años cuarenta-cincuenta, consumado el poderío y coherencia de sus obras, pasa a ofrecernos un «corpus» abigarrado en rigor y variedad, aunque en ocasiones sean desiguales los resultados: «La suerte o la muerte» (1926-1963), «Amor sólo» (1951), «Paisaje con figuras» (1943-1955), y tantos otros que vinieron después de modo imparable.

## CODA

CURIOSAMENTE, Gerardo Diego es el poeta glosador-evocador, en sus producciones de los últimos treinta y cinco años, que tanto emulan con renovados bríos los neomodernistas-culturalistas de la pasada década. Pero para quienes creemos más en la poesía épica que en la evocación, para cuantos nos dedicamos a la crítica literaria, nos agrada mucho más el esfuerzo y proyecto de Gerardo Diego —y otros compañeros de generación— por no incurrir en el nihilismo de la página en blanco y otras sutilezas que acaecieron en Francia desde la pavorosa quema de etapas a partir del pasado siglo. No vamos a ocultar ahora que el emblema, tan manoseado, del 27, de «tradición y originalidad» es tan tópico como verdadero. Quizá el procedimiento fue otro, pero los resultados fueron idénticamente felices.

Molesto pero impagable magisterio el de los que, como Gerardo, se resisten a morir. Aunque el recordatorio del Cervantes —tan legítimo— quiera vestirlo de homenaje póstumo.

CEESEPE

Escribe Eduardo BRONCKALO GOITISOLO

## LA "BASCA"

PODRIASELES definir, grosso modo, a la «basca», por ser ciudadanos visagra entre dos cosas aparentemente distintas pero inexorablemente iguales: la cosa de antes y la cosa de ahora. Lleva, en general, la «basca» la cosa con perplejidad y hondo escepticismo, no exento todo ello de toques de humor, también generalmente de toques de alcohol y, en general, de toques de.

que como nos sobra cultura y andamos escasos de emociones, los han convertido todos, los café-teatro, en... bingos.

AUNQUE arrastrada, porque sólo un ciego puede ver el futuro más profundo y más tenebroso, la «basca» lleva con una tenacidad que habría de tener cumplido elogio en las esferas, ya sean las altas o las bajas, sopena de extinción de la «basca», extinción que se hace tanto más posible cuando nuestros críticos de la cosa hablan de la falta de valores y no de la falta de pasta.

ELOGIOSA a tope —valga, a falta de otra cosa, este modestísimo homenaje— la editorial La banda de Moebius, portavoz de portavoces, de cuyo último libro publicado es «Todos los chicos y chicas» (historias de la nueva ola), cuyo coco del autor, FERNANDO MARQUEZ, es muy increíble, bastante, de destacar su juventud y sus narraciones todas, así como la destreza en el manejo de la guitarra en PARAISO, destreza y manejo que lo han conducido a perder parcialmente su propio nombre para adoptar el sobrenombre de El Zurdo. De destacar, también bastante, los recortables que ilustran el libro con el propósito de que los personajes puedan ser vestidos a su gusto por el lector, lo que puede llegar a hacer mucho más ameno el asunto.

QUISIERAMOS rematar la faena anunciando nuevos libros inminentes de «La banda de», sin perjuicio de afectar otros intereses, que van a serlo por orden de aparición de EDUARDO HARO IBARS y de XAIME NOGUEROL, cuyo sobrenombre habitual en estas páginas suele ser «El poeta de la boquilla» o, en síncope increíble de RICARDO CID CAÑAVERAL, «El po de la bo». Y cuyos títulos respectivos serán: «El empalador» y «Señor escapatista: ¿dónde colocamos las barricadas? ¿Eh?» (1).

HAYA servido el humilde texto para rendir quién sabe si a este paso postrero, tributo a la «basca», así como para acordarme del libro de CESAR ANTONIO MOLINA «Últimas horas en Lisca Blanca» (Provincia, colección de poesía) y lamentar profundamente el procedimiento GADES, que el anonimato debe ser siempre una opción y no una obligación puñetera.

(1) Para luego, más tarde, con gran probabilidad, libro de título explícito, implacable, de JAVIER BARQUIN: «Cuentos para ancianos».



LE caracteriza a la «basca» su anonimato, ya sea voluntario, ya sea tipo decisión superior a lo ANTONIO GADES, que entonces se crea la figura del ser al que «anoniman» de su cosa porque sí. Resulta totalmente impensable imaginar a nadie de la «basca» homenajeado como GERARDO DIEGO por la Peña VALENTIN este jueves pasado, motivo que es por lo del Premio Cervantes y que ya, cuando se lo concedieron, llegó Gerardo Diego al café Gijón, y los consumidores rompieron en cálido aplauso.

A la «basca» de la librería Oveja Negra les pusieron un petardo que deja pálidas las hazañas de los personajes de CEESEPE en «La mocosita y el asesino», libro editado misma colección que «City life», que es, a su vez, Colección Cuadernos de la Aventura, y que por en medio está «basca» tipo LEOPOLDO PANERO, QUICO RIVAS, HERMINIO MOLERO, IGNACIO GOMEZ LIANO o, mismamente, RADIO FUTURA.

COMO viene siendo empecinada tradición en este país —que es un país de pintores, se dice, y que ahora lo es de fotógrafos, y que debe ser todo por lo de la imagen, y mira que los fotógrafos son «basca» y «basqueros», en general, claro—, las fotografías se suelen ver en las revistas ilustradas. Entusiasta sin convicción, TINO CALABUIG mantiene en la galería Redor (Villalar, 7) exposiciones de fotografías que a partir de ya expone OUKA LELE, que lo hace tipo «pop» sicológico, y cuando lo veas, pues tú mismo, claro.

TENAZMENTE perseguida, y hasta acosada, en el exterior, la «basca» tiende a refugiarse en lugares tipo El Sol, donde FELIX ROTAETA celebraba el otro día el estreno de «Las bragas», Carl Sternheim —teatro Bellas Artes—, capital de, y RICARDO FRANCO olvidaba «Los restos del naufragio», mientras había quien pensaba en la suerte de los café-teatro, cuyo único superviviente es La Boite del Pintor, que pasan obra de VIZCAINO CASAS y que todo apunta a que cuando termine eso se acabó el último café teatro de Madrid,

## CUADERNO de seis días



Por  
DAMASO  
SANTOS



# NOVELAS DE AUTORIA FEMENINA

■ Rosa Chacel, Carmen Conde,  
Elena Santiago y Marina Mayoral

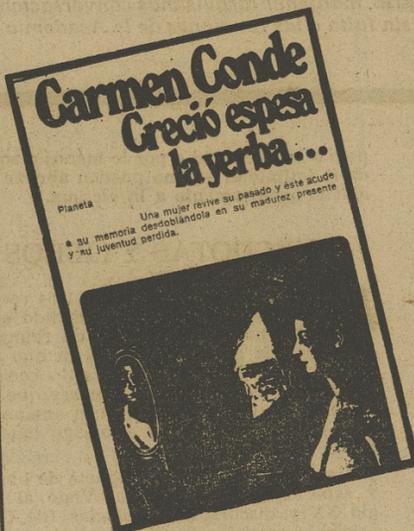
**N**O hago con frecuencia esto de agrupar libros de mujeres. Pero alguna vez, ¿por qué no? Novelas. ¿Hay novela femenina? Aparte de lo que se pueda discutir, reconocer o rechazar al respecto, habrá una razón numérica, aumento o disminución de firmantes femeninos en temporadas, lustros, decenios... Ultimamente, un buen número se agolpan en la mesa. La casualidad reúne estos títulos que pasan al Cuaderno «Teresa» (Bruguera), de Rosa Chacel; «Creció espesa la yerba...» (Planeta), de Carmen Conde; «Acidos días» (Novelas y Cuentos), de Elena Santiago, y «Cándida otra vez» (Ambito Literario), de Marina Mayoral... Hay otros en lista de espera.



**V**IENE de lejos ya «Teresa», de Rosa Chacel. Había tanteado ya el género —entre ensayos y cuentos— la escritora con «Estación de ida y vuelta». Al filo de los años 30, Ortega, a quien tanto le preocupaba la novela descaecida entonces por falta de personajes interesantes, proponía, junto a su «Nova Novarum», de «Revista de Occidente», novela experimental, las biografías noveladas —tal como circulaban por Europa y se traducían— de grandes personajes. Es cuando Juan Ramón escribe los retratos líricos de sus «Héroes» —Rosa Chacel entre ellos—, que luego serían «Españoles de tres mundos». Almas bellas, interesantes, arrojadas, heroicas. Varias editoriales atendieron la llamada y el propio Ortega encargó o sugirió personajes a escritores de su entorno: Marichalar, Ramón, Espina, Jarnés, Luys Santa Marina... A Rosa Chacel encomendó el maestro la figura de Teresa Mancha, la amante de Espronceda. No eran muchos los datos verificables, y parece que a la escritora vallisoletana tampoco le apetecía demasiado la investigación profunda. Incluso, como nos dice en este prólogo escrito a gran distancia, a veces los rehuía.

Se le hace por momentos más novela que biografía. Escribe y publica un primer intento que el tiempo completará en modificaciones y ampliaciones. Una creación psicológica y ambiental de ese personaje, Teresa, apenas bosquejada en el «Canto a Teresa», de Espronceda. ¿Una Bovary española? Fue pariente la Ana Ozores de Clarín. Puede serlo por lo mismo —y hace sus precisiones al respecto la autora, aunque no conociera directamente entonces la novela de Flaubert— esta mujer que, al contrario de la francesa rural, abandona la prosperidad por la aventura del amor prestigiado en el heroísmo, la belleza, la poesía. La sutileza ensayística de Rosa Chacel ve así la coincidencia: «Tanto la damita provinciana que dio origen a Madame Bo-

vary como la real Teresa Mancha, que sobrevivió en el «Canto a Teresa», fueron, como la mayor parte de nuestras bisabuelas, estúpidamente entregadas a cualquier hombre en el principio de sus vidas, y la honorable transacción quedaba cerrada para siempre jamás. En la época romántica, la literatura evidencia la crisis de ese estado de cosas.» Y en este sentido, la autora escribe una novela romántica. Incluso pensó escribir el libro con estilo imitado de la época. Pero puso el suyo y el temple de su época ante el abismo que en 1930 «no habíamos saltado». La novela cabal no aparece hasta después de la guerra civil y en el exilio de la autora. Bien traído ahora a una colección popular cuando la lejana y la próxima.



producción de Rosa Chacel ha conseguido en su patria una plena estimación y valoración primordial en nuestra narrativa, pasado el purgatorio de la distancia y de una crítica que aceptaba sus calidades de ensayista, pero no —según credos teóricos del realismo imperante— a la novelista.

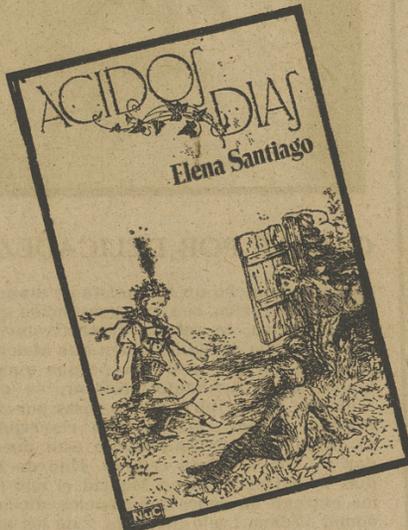
**P**OR la literatura infantil, con pseudónimo, y con su nombre en unas cuantas novelas, la pluma de la excepcional poetisa Carmen Conde ha hecho un largo camino en la narrativa. Su destreza en el relato viene a culminar en su reciente novela «Creció espesa la yerba...». A la depuración formal se añade una intensificación poética, tanto en el plano de la expresión como en el de una confrontación entre materia argumental, fluencia anecdótica y reflexión temática, si seguimos el argumento —de novela episódica, ejemplar— por el cauce del protagonismo mental y emocional, aludido, pero no descrito, del personaje narrador. Narra una mujer madura que al final sabremos pensante de sus frustraciones y heridas tal vez no cicatrizadas; sensitiva de la forma huida de todo lo que se fue sin realizarse. Cuando quiso volver al pasado y lo único que pudo en-

contrar fue el sabor del aire, de la luz, de la tierra y del mar de su nacimiento. La narración es el encuentro del callado protagonismo con el restallante de la muchacha que ella pudo ser y que vive el aquí de ahora de una pasión amorosa violenta y rebelde, difícil, imposible de coonestar con afectos, deberes y compromisos. Desde el encuentro con la muchacha autoestopista, que huye de la fatalidad erótica, hasta el implacable cumplimiento de ésta, la pluma de Carmen Conde ofrece una lección de economía narrativa para conducir la anécdota con eficacia, cargando a la vez ésta de fuerza y de sentido, con la expresividad poética más rica en los trances precisos. Es una complejidad que se esconde en la sencillez rítmica de un andante moderado, que estalla aquí y allá en el sofocado o abierto grito de la exaltación o el drama. Cobra intenso realismo lo que también pudo ser imaginación y parábola urdida por el pensamiento narrador en la carretera hacia la Manga del Mar Menor, allí mismo, en el hotel o en la casa madrileña. Una aparente, y a la vez firme, linealidad con la ambigüedad e imprecisión soñadora de los planos interpuestos y la alternativa alterizante del protagonismo. La memoria puede estallar con su larga y minuciosa fábula del tiempo perdido. Pero la novela, el desarrollo del argumento, lo que tenía que ocurrir ha ocurrido y sólo un breve epílogo precipita el verdadero e irreductible desenlace. Todo ocurrió o no ocurrió, o fue fría, tristemente normal y comedido. La narradora ya no sabe si se llama Laura o se llama, como la joven de la pasión amorosa, María. Ambos rostros se confunden en el espejo. Los otros personajes son sombras o nombres cotidianos, o anónimos vivientes, o difuntos. Por debajo de toda la escritura que comprende el libro, el latido, el oculto curso de un poema elegíaco. Un poema de Carmen Conde o de un poeta dilecto suyo. Se citan solamente unos versos de Juan Ramón Jiménez. Las palabras que dan título al libro proceden de «Archipiélago Gulag»,

dios infantiles en el ámbito rural. En este punto he visto que la novela «Acidos días», de Elena Santiago, último premio Novelas y Cuentos, ha hecho pensar a muchos críticos en Delibes, el cercano maestro de la escritura. Quizá lo que de él tenga, de «El camino» y «Las ratas», sea la afirmación en la tierra, dándola y recibiendo sustancia de ella, del pleno vivir infantil que ocupará después lo principal del recuerdo con luces, colores, olores y sabores, sin equivalentes en otra edad. A veces, el protagonista se convierte en narrador, se busca a sí mismo en estas memorias y sólo en ellas termina por consistirse. Porque la historia es la de una frustración completa, que sólo se redime en el resplandor de esos fragmentos del tiempo perdido. El amigo iniciador, las niñas que empiezan a «madrearle», compadecerle, como las otras mujeres que ha tratado, aunque nunca llegarán a amarle, son los héroes permanentes, nimbados, de este volter del recuerdo. Incluso la figura de su propio hermano, contrapuesto a él por los prestigios de la suerte desde el nacimiento en la casa grande que en ambos se haya de aniquilar tal vez: en Nino, el protagonista, porque apura sus frustraciones y fatalidades, y en el hermano Brosio, porque huye tal vez de la posibilidad del encuentro cainabelita. Si no fuera por esas presencias infantiles, en fin, el protagonista desarrollaría toda su vida, y en efecto es así, como un fantasma de sí mismo, un hombre que no ha acabado de nacer y que con esta inmersión en el pasado quiere ser el salvífico sueño de Peter Pan, el niño que no quiso crecer.

No, Elena Santiago no ha querido, ni sucesiva ni alternativamente, contar una historia completa; ni aun siquiera en sus hechos más representativos, desde el punto de vista de un desarrollo argumental. «Acidos días» tampoco es un emblema o una parábola. Nos remite a realidades, climas reconocibles, y sus personajes registran ese espesor. Pero de lo que se trata es de hacer concurrir en su prosa las mejores, incitaciones poéticas del lenguaje, para llegar a suscitarnos la emoción y la reflexión por el camino de la inefabilidad. El drama existencial y toda la amarga historia, que con otro trazado hubiera tenido que ser naturalista, del protagonista Nino, con su hermano Brosio, con sus amigos de infancia, se convierten aquí en centros referenciales del mundo tangible, y a la vez emisores incesantes de signos y de símbolos poéticos.

Como ya de una alcanzada madurez en el dominio de los medios, de las técnicas, unida a una poderosa intuición poética, ha nacido este libro, que sitúa a Elena Santiago en esa zona, esa franja de expectación en que nos tienen, con sus renovaciones y cambios de sentido, unos cuantos novelistas de distintas promociones y otros que han legado, están llegando, con una sorpresa de comienzo o ambiciosa propuesta de reválida. No conozco ningún otro libro de Elena Santiago, pero sé que ha alcanzado premios en prestigiosos certámenes de distintas ciudades españolas para narraciones cortas. Es, pues, este libro su salto a la novela y ha sabido hacerlo con originalidad y autenticidad, sin tributar ni una coma a la imitación de los ejemplos que el éxito tantas veces parece convertir en modelos y modalidades inexcusables. Ello no quiere decir que no podamos encontrar en su novela alguna huella o influencia de estos modelos más cercanos o más lejanos, españoles o extranjeros, así como también hay rastros de primitivos tan-



de Solzhenitsin, y dicen así: «Creció espesa la hierba... sobre la tumba de mi juventud.»

**D**URANTE casi todo el rotar de la narración —en el prólogo digo que es una novela circular—, durante las tres edades del protagonista, y que a cada vuelta se hace e incoa nuevamente, se destruye y recomienza, prevalece con mayor consistencia que cualquier otra peripecia, hasta parecer en cierto modo que es la única, el conjunto de los episo-





teos; pero mucho más tiene de coincidente en señales del tiempo, que convierten su primer libro en la palestra, tanto como en un logro —que ha reconocido en seguida la crítica, y que mi pluma trató de configurar en el prólogo—, en una fragante y comprometida promesa.

Por vez primera vemos a Marina Mayoral en la narrativa. Figura entre los nombres nuevos de la lírica galaica y cuenta ya con una significación en libros de investigación y crítica literaria por cuenta propia o al lado de su esposo, Andrés Amorós. Su entrada en el género no ha sido con intentos experimentales o de seguimiento de una corriente en boga. Su novela corta «Cándida otra vez» es un experimento o seguimiento de otra índole: el de lograr contar con interés una historia o un episodio más bien interesante. Es una historia o un episodio extraído de o situado en su tierra gallega, como uno de esos relatos o fragmentos de novela que su paisano Torrente Ballester le sabe sacar mitad de la memoria y mitad de la leyenda, sobre estirpes y personajes, de los burgos, los puertos galaicos o la reminiscencia universitaria compostelana. Esta Cándida que viene otra vez puede ser, porque tuvo una abuela misteriosa del mismo nombre que dejó unas peligrosas memorias; puede ser ella misma, con sus preponderancias, en versión de mayor, o puede significar, por misteriosa, una alusión a la que misteriosa quiso con el mismo nombre Bernard Shaw en la célebre pieza del mismo nombre. En cualquier caso, se las trae. No revela reductoramente el misterio su autora, sino que lo subraya y lo inscribe con luz propia en la familia de los Monterrosos de Cela y Castedo, todos muy entrelazados y complejos, desde el talento, la aventura o el despotismo, hasta el crimen o el incesto. Marina Mayoral despliega cuidadosamente los clásicos y los modernos procedimientos de narrar con eficacia. Todo se cuenta en una larga carta de la protagonista, un coloquio entre amigos y parientes de Cándida y el encuentro con la misma Cándida del personaje narrador, antiguo amante y abogado y consejero de ella en otro tiempo, y por ella reclamado en el difícil trance en que se halla y que ella quiere dar por resuelto, por ser vos quien sois. La autora ha querido ceñirse lo más posible a lo coloquial, directo tanto del medio culto, como en un momento del popular que me parece seguido a la manera de la conducida digresividad de los cuentos en que abunda, como obrecillas que se le caen de las manos, el maestro de erudición y filología, profesor Zamora Vicente. «Cándida otra vez» es un primer paso en el género, que Marina Mayoral ha querido dar briosamente, pero bien amarrada a líneas maestras y claves de seguridad, para no perderse en resbaladizos e intrincados pagos. Esperémosla confiadamente pronto en mayores empeños y dificultades salvadas.



# CONVERSANDO CON MELCHOR (II)

FUE Melchor Fernández Almagro excelente historiador, crítico generoso y puntual testigo de su tiempo. Como historiador y como crítico es bien conocido. Como testigo de su tiempo lo es menos, especialmente por las generaciones jóvenes, que difícilmente pueden darse cuenta de lo que Melchor había visto, oído y aprendido a lo largo de su vida. Recomendar su precioso «Viaje al siglo XX» es indicarles algo más que un libro de memorias, pues esta obrita es simplemente deliciosa, uno de los más fragantes libros de recuerdos —si limitado y harto breve— que se escribieron en los años de la dictadura larga.

Por los días de nuestras conversaciones, entre octubre y diciembre de 1979, no dejaba yo de insistir en la conveniencia de que siguiera devanando la madeja de sus recuerdos, adelantándose en este siglo y diciéndonos algo de lo mucho que sabía sobre actividades políticas, literarias y personales de algunos de nuestros personajes y personajillos. Años antes, el querido Juan Guerrero, cónsul general de la poesía española, había insistido en mi presencia, más de una vez, en que hiciera tiempo para redactar sus memorias, si no su autobiografía. Por lo menos con diez años de anterioridad a las fechas de nuestra conversación semanal, oí a Juan machacar en el hierro nada frío de la voluntad de su gran amigo, que nunca decía que no, alegando simplemente falta de tiempo.

Y tiempo le faltaría, sin duda, pues uno de los secretos de Melchor que yo hubiera querido averiguar es el de cómo escribir con regularidad sus artículos para «La Vanguardia» y «ABC», sus ensayos largos para revistas y publicaciones eruditas, sus libros y tener horas todavía para aceptar invitaciones casi a diario, mantener larguissimas conversaciones en tertulias y sobremesas y asistir sin falta a las reuniones de la Academia de la Historia.



## CALLAR POR DELICADEZA

No hace mucho un hispanista de manual y hemeroteca, con más presunción que erudición, se refería despectivamente a la biografía de Valle-Inclán que Melchor compuso. Lo que ignoraba, porque quería ignorarlo el petulante profesor, es que Melchor, al escribir, callaba cosas por delicadeza y por considerarlas reservadas al orden de la intimidad. De esto puedo dar fe, con absoluta certeza. Uno de los días de mi estancia en Madrid el año 64, me entregó un sobre con papeles, diciéndome: «Toma. Leelo despacio y no los publiques o no los publiques en muchos años.» Al llegar a casa comprobé que lo entregado eran documentos que no había creído conveniente utilizar en su obra sobre Valle: unas notas escritas por Josefina Blanco, la ex mujer de don Ramón; otras, mecanografiadas, copia al parecer de las entregadas a algún magistrado de los intervinientes en el pleito de divorcio entre el escritor y Josefina, relatando hechos de que aquél quizá no había querido dejar constancia oficial en el proceso. Yo sé que reservas como la de Melchor están pasadas de moda, como en general lo están los estilos de conducta fundados en el res-

peto a la intimidad o por lo menos a zonas de la intimidad que no pueden abrirse sin afectar penosamente a la víctima.

## ANECDOTAS Y LIBROS

A mediados de noviembre de 1964 recibí unas líneas de Melchor pidiendo que cambiáramos nuestro día de reunión al lunes, día en que la fonda en que almorzábamos ofrecía un suculento cocido. Le hice al condumio los honores que se merecía, pero él no pudo, pues amaneció algo pachucho y con el estómago ligeramente trastornado.

Viene cargado con un paquete de libros y separatas. Entre ellos el Viaje al siglo XX y discursos, necrologías (de Gabriel Maura y Pío Baroja), artículos (uno sobre «los Silvela» y otro, que ya conozco, «Juan Ramón Jiménez y algunos poetas andaluces de su juventud»). Hay un ejemplar del discurso de ingreso en la Academia de la Historia del general Carlos Martínez Campos; señala en él, como muy curiosos, los pasajes de la contestación, leída por Jesús Pavón, en que éste, al reseñar la vida del nuevo académico cuenta un episodio ocurrido al comenzar la guerra civil española, cuando, siendo comandante del ejército franquista, Martínez Campos puso en libertad a don Pío Baroja, detenido por una columna de militantes tradicionalistas.

Le hablo de algunas adquisiciones de libros hechas en los últimos días, siguiendo mis pesquisas «modernistas». Encontré un par de tomos del teatro de Benavente. Ahora los estoy leyendo; me han interesado las obras cortas incluidas en Teatro Fantástico, sobre todo el diálogo titulado Modernismo. Muy «modernista», claro, La noche del sábado. En la misma línea, Melchor recomienda la lectura de El dragón de fuego y La princesa bebé.

Al indicarle que La noche del sábado y otros libros los he adquirido en la notable «Biblioteca popular», de «Renacimiento», me recomienda una colección análoga, la del editor Doménech de Barcelona. También ésta la conozco bien y en



ella acabo de leer El amor catedrático, de Martínez Sierra.

## LEYENDO A BENAVENTE

ESTOY leyendo a Benavente con mayor interés del que presumía, y al decirselo a Melchor, coincidimos en que, además de los dos buenos dramas rurales (La malquerida y Señora ama) hay bastantes obras de don Jacinto que se dejan ver o leer sin fatiga. Recuerda Lo cursi como obra amena y lograda: «Es lástima —indica— que luego decayera, quizá por estar convencido de que tenía al público en un bolsillo, como efectivamente lo tenía.»

«Su talento asimilativo era indudablemente grande. Nieve en mayo tiene a Granada por escenario, y aunque lo que allí ocurre podía haber sucedido lo mismo en Murcia —pongo por ejemplo—, la verdad es que resulta una comedia muy granadina, con muchos aforismos y juegos de ingenio que tienen sabor de cosa de Granada.»

## EL CASO FERRER Y LA VIOLENCIA Y CRUELDAD DE DESPUES

CUENTA luego que acudió a visitarle un señor Vilá, marido de Soledad Ferrer, para hacerle algunas preguntas en relación con el asunto Ferrer. Yo le digo que conocí a Soledad en Méjico, en 1961, presentada por su hija, Olga Pryevalinsky, y le doy noticias de la madre y de la hija, simpáticas las dos, y la segunda profesora en Louisiana State University y autora de un estudio estilístico sobre Camilo José Cela.

Esto nos lleva a conversar del proceso Ferrer y de la muerte de éste. «Fue un asesinato —exclama—; no había tenido ninguna intervención en los sucesos revolucionarios, ni en su preparación, y sé, por habérmelo dicho el interesado, que Antonio Fabra Rivas, periodista y socialista muy significado, fue a Barcelona como emisario de Pablo Iglesias, llevando entre otros encargos, el de advertir a Ferrer que se abstuviera de hacer nada. No hubo más testigos de cargo contra Ferrer que un redactor o colaborador de El siglo futuro, que le vio en un grupo cuando el incendio de los conventos. Después, al intentarse la revisión del proceso, Melquiades Álvarez pronunció en el Congreso un discurso concluyente, pero no se logró nada porque Canalejas no quiso ir a la revisión.»

Le hago observar que en aquella época una violencia y una injusticia suscitaban todavía una oleada de protestas, mientras

Escribe  
Eduardo HARO IBARS



● "Sobre actividades políticas, literarias y personales de algunos de nuestros personajes y personajillos"

más adelante no ha sido así. La crueldad en la guerra civil llegó a extremos impensables poco antes.

Me pregunta si conozco lo ocurrido en La Coruña al gobernador civil y a su mujer, y como le conté que únicamente sé que fueron asesinados, cuenta con detalle los sucesos. El gobernador era un republicano joven llamado Carballo, casado con una muchacha a quien Melchor conocía: Juanita Capdevielle. Chica guapa, simpática, inteligente. Primero mataron al marido y luego la mataron a ella.

«La muerte de la mujer —sigue Melchor— la contaba poco después en Burgos uno de los asesinos, no tanto jactándose como para mostrar lo bien que habían salido de un paso difícil. Una noche sacaron de la cárcel a Juanita, haciéndola creer que era para acomodarla en sitio mejor. Como los tres tipos que la fueron a buscar eran gente conocida y de «buena familia» —el narrador, hijo de un marqués—, la muchacha accedió sin dificultad a acompañarles.

Ya en el automóvil, confiada, hablaba con ellos con tal naturalidad que se les hacía difícil decirle que la finalidad del «paseo» era liquidarla, hasta que en un momento dado les dijo que estaba nerviosa y quería hacer una necesidad fisiológica. Bajaron del coche y se apartó un poco, buscando lugar apropiado, y fue entonces cuando uno de los paseadores, acercándose cautelosamente la disparó por detrás y la mató.» (Me estremezco recordando que de modo muy parecido fue asesinada en Madrid María del Loreto Ruiz del Castillo, la hermana de Carlos, catedrático y miembro del Tribunal de Garantías Constitucionales, por una enfermera «amiga» en quien confiaba.)

## ROSALES, CONSEJERO DE DON JUAN

**P**ASANDO a otro tema, comenta Melchor que no comprende cómo Luis Rosales ha podido aceptar un puesto de consejero del Infante don Juan, con gentes como Calvo Serer y Fernández de la Mora. «Don Juan —indica— no hace caso a nadie y sólo acepta los consejos cuando coinciden con lo que tiene decidido de antemano. González Hontoria le dijo, como otros muchos: que no venga a España don Juan Carlos cuando se discutía si convenía que viniera o no, y a pesar del parecer de la mayoría, aquí lo envió. Don Juan no quiere oír sino a quienes le dan por el palo del gusto. Ahora son consejeros también Valdecasas y Primitivo de la Quintana.

## LAS BIOGRAFIAS DE LOS AÑOS TREINTA

**O**BSERVANDO lo muy buscados que son hora los volúmenes de la colección «Vidas españolas e hispanoamericanas», de Espasa-Calpe, que él dirigió, dice que en cierta ocasión pidió a don Miguel de Unamuno que le escribiera un libro para esta serie y que don Miguel le contestó rápidamente: «Escribiré un Galdós.» Y como Melchor se sorprendiera y le dijera: «¡Pero si Galdós no tiene vida!», Unamuno le replicó: «¡Sil, la de sus personajes.» Comentamos el interés que este libro hubiera tenido. Pienso que la biografía de Galdós hubiera servido de pretexto a Unamuno para escribir otra curiosísima «autobiografía».

Recordando otros volúmenes de la colección, confiesa cuánto le decepcionó el poco partido que sacó Jarnés de los documentos sobre Castelar, que tuvo a su disposición cuando escribió la biografía

del político. En cambio, dice Melchor, la dedicada a Isabel II por Pedro de Répide tiene a su favor el que éste la había conocido y tratado en sus mocedades y que incluso en algún momento trabajó para ella. Répide fue un tipo muy curioso: «Era hijo de un hombre que en su tiempo fue personaje famoso: del arzobispo de Santiago de Cuba, don Pedro Llorente, nombrado para el cargo sin el asentimiento del Vaticano por decisión del Gobierno o de la Corte española.

A continuación, y durante algún tiempo, conversamos sobre lo que representa o, mejor dicho, representó en el mundo de hace treinta años el gusto por las biografías. Emil Ludwig y Stefan Zweig tuvieron un éxito tremendo, más el segundo que el primero.

Recuerdo haber oído a don Eugenio d'Ors una frase que antes o después me parece escribió en alguna parte. Refiriéndose a Ludwig, decía: «Cada país tiene el Blasco Ibáñez que se merece.» Frase evidentemente injusta si se piensa en el Blasco de la primera época, mucho mejor novelista de lo que hoy piensa la generalidad, pero certera en cuanto a la comercialización de los últimos años de la vida del escritor valenciano.

Zweig es muy otra cosa, en mi opinión. En la Revista de Occidente publiqué, hace



casi treinta años, una reseña larga de la traducción de su María Estuardo, libro bien escrito, con virtudes de equilibrio en la composición y de interés en la organización del relato que me parecen esenciales en este género: «No sé por qué se le considera un género inferior. Acaso —indica Melchor— porque tiene éxito y vivimos unos momentos en que sólo los escritores de poca venta parecen merecer la atención de la crítica. Es la tradición de los "poetas malditos", que aún persiste. Tenemos miedo a no descubrir el genio de mañana, y por de pronto descuidamos el talento de hoy, el que tenemos ante los ojos. Un escritor como André Maurois publica libros documentados, serios, inteligentes, y, sin embargo, no logra atraerse a ciertos críticos. La aceptación del público le perjudica; supongo que esos críticos, razonan diciéndose si este hombre gusta tanto a la mayoría ha de ser porque no es tan profundo como debiera. Y si es difícil hacerles rectificar.»

Salimos, y en vez de tomar un taxi, según suele hacer, vamos paseando, calle la Montera arriba, hasta la Red de San Luis, en donde nos separamos, marchando Melchor Gran Vía abajo y yo por Hortaleza. Nos veremos el jueves, en que iré por la tarde al Café del Prado, con una joven profesora que desea conocerle, a presentársela antes de que él vaya a la sesión de la Academia.

## MEMORIA DE ANGEL VAZQUEZ

**E**L día 26 de febrero murió físicamente un novelista de gran talento. Murió de una crisis cardíaca, rodeado de la amistad de todos aquellos que llegamos a conocerle y a apreciar su obra y su personalidad. Y como tantas veces suele suceder con los escritores, casi desconocido por el público y por una crítica que en pocas ocasiones supo entenderle, y en una situación económica que resultaría eufemístico calificar de precaria. Su caso —el olvido, la miseria, el no reconocimiento de una obra importante, la marginación del creador al que se considera «raro»— no es, desgraciadamente, excepcional e incluso puede considerarse como bastante típico entre los que en este país, pero no sólo en él, nos dedicamos a la tarea ingrata de escribir.

**L**A obra de Ángel Vázquez es muy poco extensa: tres novelas y un relato largo, amén de algunos cuentos publicados en revistas, es todo lo que nos queda de él; las circunstancias de su vida, siempre difícil, le impidieron trabajar más en lo que realmente le gustaba, que era la literatura, y le hicieron perder mucho tiempo y mucha fuerza en el difícil intento de buscar subsistencia. Vázquez nació en Tánger, el 2 de junio de 1929. Toda su narrativa se centra en la vida de esta ciudad, que no ha tenido más novelista digno de mención que él. Su primer relato publicado fue «El cuarto de los niños» (Planeta, 1958), una curiosa historia de infancia tangerina, donde ya apuntaba la brillantez narrativa y el claro juicio sobre las cosas de este autor. En 1962 ganó el Premio Planeta con su novela «Se enciende y se apaga una luz», relato de una cierta burguesía cosmopolita, también afinada en Tánger; esta novela, que podría haber sido muy buena, no lo resultó tanto, precisamente por la facilidad de escribir de Vázquez, que, en ocasiones, sacrificaba la importancia intrínseca de lo narrado a la brillantez de un estilo bastante influido por la novelística inglesa de los años 20, y en particular por Virginia Woolf. Dos años después, y también en Planeta, publicó «Fiesta para una mujer sola», que resultaba, en cierto modo, una secuela de la anterior, pero donde se desvelaba parte del mundo privado de su autor. El libro, que pasó completamente desapercibido, era un buen relato y un intento de mostrar con ojos nuevos la realidad cotidiana de la vida tangerina.

Tras once años de silencio —silencio que, repito, no fue nunca voluntario, ni producto de la pereza, ni, como algunos han insinuado, apartamiento deseado de la vida literaria—, impuesto por circunstancias particularmente difíciles de su existencia, la Editorial Planeta publicó otra novela suya, la última y la mejor, «La vida perra de Juanita Narboni». En ella, Vázquez abandona el lenguaje brillante y casi de alta comedia de sus novelas anteriores, se quita los velos y máscaras de escritor de salón y escribe una obra que, de ser entendida, podría considerarse como una de las mejores en lengua castellana de los últimos tiempos. Por primera vez, el escritor se atreve —superando traumas y timideces, temores y vergüenzas comprensibles— a contar un mundo que es verdaderamente suyo: Juanita Narboni es un personaje venido a menos, un vestigio del pasado colonial de Tánger, que sobrevive en un universo cerrado de imágenes, de recuerdos, de remembranzas de un pasado para ella superior al presente, pero que el lector adivina igual de triste, sórdido y artificial. Vemos cómo se desmorona una ciudad, pero también cómo cae un personaje. Vemos cómo un mundo entero se destruye, un mundo que no sabemos si merecía la pena conservar, bajo las dentelladas de la realidad histórica.

Para escribir «La vida perra de Juanita Narboni», Vázquez empleó un idioma casi dialectal, que es el que emplean los españoles de la clase media y media baja de Tánger: mezcla de barbarismos, de locuciones sefardíes, de giros idiomáticos procedentes del sur de España y del cer-



cano Gibraltar. Esto, que fue un hallazgo técnico, al mismo tiempo que un dato naturalista, hizo tal vez que la novela no fuese muy bien comprendida en la Península: la mayor parte de los críticos vieron en ella una historia puramente local y localista, y no entendieron el inmenso drama humano —y, como humano, universal— que se ocultaba bajo aquel dialecto, bajo aquellas anécdotas; y el público en general no supo hacer el esfuerzo de comprensión necesario para asimilar el difícil lenguaje que se le ofrecía, y leer una narración fascinante. Y así, «Juanita Narboni» parece haberse perdido por el momento, como si el personaje en decadencia siguiese viviendo su derrumbe también como novela.

Tánger es una ciudad extraña, sobre la que se han escrito montones de páginas y, generalmente, con muy pocos aciertos. Se ha hablado de espías, de vampiresas, de ricos negociantes y de prostitución internacional; y es cierto que de todo eso ha habido, al amparo de la rara situación de internacionalidad de que ha gozado en un momento de su historia, y de la corrupción de los diversos protectores que la han «protegido». Pero Tánger no es sólo eso: es un proletariado español de vida humilde, una clase media con ínfulas de grandeza, que siempre ha tenido el raro orgullo de no ser musulmana, una colonia hebrea comerciante. Es, en suma, una ciudad viva, conflictiva y extraña, al margen de las novelas de espionaje. Y esta realidad tangerina es lo que ha sabido contar únicamente Ángel Vázquez. Aunque sea sólo por eso —y hay, desde luego, muchos más motivos— debe ocupar un lugar en la literatura contemporánea española. Es triste pensarlo, pero quizá su muerte —a los cincuenta años, y con mucho que hacer todavía— sirva para sacar del olvido su trabajo, que es lo que realmente fue su vida. Al hombre, al escritor, lo hemos perdido; pero no deberíamos dejar perder sus palabras.

Escribe Luis Jiménez MARTOS

# Curros Enríquez,

## con algo de sur



**Y** O, gallego, según se dobla el mapa; gallego en la ironía de los madriles, o sea, andaluz, me he acercado a la obra de Manuel Curros Enríquez después de frecuentar la de otros grandes poetas del Noroeste. Sin duda por haber nacido en la antípoda del Finisterre—Córdoba, para lo que gusten mandar—me atrajo pronto y con fuerza ese mundo atlántico del que Galicia forma parte. En mi ciudad nativa hay una Puerta de Gallegos—estacionamiento de porteadores—y siempre oí decir que las campanas de la Mezquita-catedral cordobesa fueron traídas desde Compostela. Cuando inicié en 1957 el quehacer de la antología anual de poesía española, lo primero que decidí fue la incorporación de los poetas de lengua galaica, por entonces tan mal vistos. Manuel María, de Monforte de Lemos, fue mi corresponsal, y desde aquí vuelvo a agradecerle que me enviara materia seleccionable.

**S**E acaban de presentar en el Aula de Literatura del Ateneo de Madrid, que dirige Jacinto López-Gorgé, las Obras completas de Manuel Curros Enríquez, editadas por Aguilar, acto en el que hemos intervenido Armando Vázquez, Dámaso Santos, Alicia Cid, Daniel Cortezón y quien suscribe. La trayectoria vital de Curros arranca de Celanova (Orense), donde nace el 15 de septiembre de 1851; prosigue en Madrid, en el que vive la revolución septembrina de 1868, que tanto influiría en sus ideas; tiene una etapa londinense por forzoso destierro y otra, más extensa, en su Galicia. Al cabo, Curros emigró a La Habana, sitio de su muerte, el 7 de febrero de 1908. Su galleguía se cumple del todo en ese extrañamiento de los últimos años, en esa emigración que no tuvo retorno en vida.

**A**PARTE del valor intrínseco que posee la obra de Curros Enríquez —en edición de Carlos Casares—, existe un motivo concreto para que nos aproximemos a ella. En 1880 se publicaron dos libros fundamentales de la lírica galaica: *Follas novas*, de Rosalía de Castro, y *Aires da miña terra*, de Curros. Centenarios, pues, a la vista, y no para un simple y fácil redoble. Una década más tarde de la muerte de Bécquer, quien nunca desdeñó el folklorismo, y mucho menos aún su gran amigo Augusto Ferrán, se hizo perfectamente visible en Galicia una recuperación del verso popular —en Curros, sobre todo, ganador de los Juegos Florales de Orense con su poesía *A Virxe do Cristal*—, recuperación hecha con arreglo al gusto posromántico y, por ello, realista, con tino para asencillarse y para de ese modo ir al pueblo, a lo que llamamos, más o menos vagamente, el pueblo. En el caso de Curros hay que tomar en cuenta el impulso determinante de su militancia liberal, mantenida a toda costa.

**N**I en poesía ni en nada se produce nunca el episodio aislado. Entonces, ¿cómo no establecer relación entre la clara voluntad popularista de Curros y algunas manifestaciones sincrónicas y del mismo carácter? En 1880 irrumpe, como decíamos, *Aires da miña terra*. Un año después, sólo un año después, el folklorista Antonio Machado y Álvarez —padre de Manuel y Antonio Machado— da a la estampa su *Colección de cantes flamencos*. El iniciador de los estudios folklóricos andaluces era gallego, de Santiago

de Compostela, y algo de esa doble savia —gallega y flamenca— trasvasó a su hijo Antonio. Abundando en las compaginaciones, ¿no se habla con suma razón del paralelismo Bécquer-Rosalía?, y yendo mucho más lejos, ¿no existe una suerte de forcejeo fundacional entre la lírica arábigo-andaluza y la cantiga, fuentes de la poesía española?

**N**O deseo distanciarme, en este punto, de la línea Noroeste-Sur, que, justamente por estar alejadas, se sienten atraídas. Esa coincidencia en el popularismo es una forma —no se olvide— de pretender librarse del imán centralista. Pero, a la vez, gallegos y andaluces somos particularmente propensos a la atracción de Madrid. A la fuerza ahorcan —de acuerdo—, pero no tanto como dicen. En Madrid, el 5 de junio de 1869, Curros Enríquez empezó a ser poeta en gallego, al hilo de la música que entonaba a la guitarra su compañero de pensión Alonso Salgado. «Cántiga» fue la resultita de ese pronto para la historia. Y a Madrid, campamento y refugio, ágora, llama y humareda, escaparate de las pompas y vanidades, volvió el poeta para poner distancia entre su terreno nativo y su persona, tras los tormentosos días de aquel proceso por blasfemia, del que fue exculpado. Para juzgar lo que ocurrió conviene situarse en la época —mejor dicho, es indispensable— y en la mentalidad eclesiástica de aquella hora. Entiendo que el cristianismo de Curros salió incólume de ese agitado azar. Era explicable, en definitiva, que un liberal y la Iglesia Católica fuesen por entonces incompatibles.

**C**URROS, que suena, ya ven, a Curro, no hubo de ser, como Rosalía, una voz dramáticamente afinada en su tierra. La inquietud y la mala suerte le impidieron asentarse en donde acaso hubiese querido. Las circunstancias empujaron su ir y venir. Cuando mejor estaba, tenía que cambiar de residencia, por su gusto o contra su gusto. A pesar de ello, no sería nunca el poeta gallego de la «saudade», sino el de la voz directa y la llamada a la acción política. Más de uno de sus ensalzadores de ahora, que se le figuran a imagen y semejanza del galleguismo radical, acaban por desfigurarlo y no aceptan que Curros, en su obra escrita en castellano, muestre una fisonomía algo distinta de esa actitud, aunque sustancialmente igual. Tan auténtico podía ser en una u otra tesitura.

**D**ESPUES de ser coronado solemnemente por el Centro Gallego de Madrid —transcurre 1893—, Curros decide marchar a México, sin que sus biógrafos hayan podido averiguar todavía el porqué de esta repentina decisión, que no pudo cumplirse, por cuanto el poeta, convencido por sus amigos, se quedó en La Habana hasta el fin de sus días. Hacer la América es algo reglamentario para un gallego al que se le resista la fortuna, pero estimo yo que pudo influir en este trasvase, que resultaría de cara o cruz, el hecho de que Salvador Rueda anduviese en triunfo por América, como, en otro tiempo, lo estuvo don José Zorrilla. Rueda había publicado, en 1892, «En tropel», con prólogo de Rubén Darío.

**E**N TRE los textos en prosa de Curros, que contiene este volumen de Obras completas, hay un artículo publicado en *Diario de la Marina* (1907) y que glosa el libro de Salvador Rueda, *Trompetas de Organos*. «Desde la aparición de los Gritos de combate —escribe Curros—; antes tal vez de la aparición de las Rimas, de Bécquer, no registra la lírica española un acontecimiento más notable en librería.» Curros precisa que Rueda no es realmente un innovador de la métrica castellana, sino un restaurador de los ritmos tradicionales y olvidados. Justísima opinión. «Rueda —concluye— es un revolucionario del léxico y el primero de los poetas españoles vivos. Rueda es como la misma vida, con sus contradicciones, alegrías y desconrazonamientos.

**E**STE entusiasmo por el poeta andaluz premodernista volvería a manifestarse, poco después, a propósito de la edición de una novela de Rueda: *La cúpula*. El elogio se sitúa ya en la hipérbola. «A Salvador Rueda —afirma— le han saqueado infinitos poetas y prosistas americanos y españoles, queriendo aparecer originales. Curros se sentía y obraba —como observó muy bien Dámaso Santos en la presentación a que aludía al principio— dentro del movimiento renovador de la literatura

hispanoamericana. Su bilingüismo le llevaba a una doble contemplación y ejercicio. Como poeta en gallego, Curros participó en el seguimiento de dos objetivos románticos: expresar el espíritu de su pueblo y luchar por las libertades humanas. Como poeta en la lengua de Castilla, no desdeñó tales postulaciones, pero añadiendo a ellas una cierta atracción hacia modelos de una estética luminosa: Rueda, en primer término, él, aunque guardara el alma y la poesía en su almar. El orientalismo de Zorrilla, heredado en buena parte por Villaespesa, es el que se nota en esa Casida árabe a Amalia Rico, que no es, por supuesto, una de las mejores poesías de Curros, pero sí un sintoma más de que se hallaba bien dispuesto para percibir la atmósfera del Sur. La memoria de Antonio Machado y Álvarez, que suscitó al comienzo, tiene otra nota de afinidad. También el padre de los Machado —estirpe de liberales— emigró a América, a Puerto Rico, y, a poco, no muere allí. Tampoco estuvo asistido por los dioses.

**C**URROS Enríquez, gallego y galleguista sentimental y consciente; ánima traspirable y ardorosa hasta la furia; lírico de su paisanaje; pronto a recibir los dones de la vida, aunque tanto se le negaran; melancólico con toda razón; amigo del sarcasmo, es decir, sin las suavidades del humorismo céltico; hombre de La Habana, esperando y esperando que cuajase alguna vez la autonomía de Galicia, que, como la andaluza, pertenece al mundo del ya veremos cuándo, a lo mejor cualquier día, no hay que perder la esperanza, porque luego no la devuelven.

**N**O importa repetir aquello de Walt Whitman: Quien toca a este libro toca a un hombre. Un hombre que escribió poesía, pero también teatro, artículos, crítica literaria, periodismo —sus crónicas de la guerra carlista poseen auténtico interés—, biografía, novela...

Curros testimonió sus raíces, fue reflejo de la conformidad estoica y especialmente de la disconformidad. Siempre estuvo asistido del amor a Galicia y a España.

## Convocatoria del premio Novelas y Cuentos



**L**A Editorial Magisterio Español, en el deseo de intensificar decididamente en el descubrimiento o confirmación de nuevos narradores españoles, instituye el premio Novelas y Cuentos para un libro de cuentos o una novela, que aparecerá con esta distinción en la colección literaria del mismo nombre, comprometiéndose a una dotación de 500.000 pesetas para este año 1980, como anticipo de los derechos de autor y con motivo de las «bodas de oro» de la colección.

Podrán concurrir al premio Novelas y Cuentos todos los escritores de lengua castellana.

Los autores presentarán tres copias de sus originales mecanografiados a dos espacios por una sola cara. El número de folios no será inferior a 150 ni superior a 250.

El original no llevará ninguna indicación del nombre del autor, que deberá constar en sobre aparte cerrado, así como la dirección, el número de carné de identidad y cuantos datos crea pertinentes el concursante. Los originales deberán ser enviados al domicilio social de Editorial Magisterio Español, calle Quevedo, 1, antes de las doce horas del día 31 de mayo de 1980, haciendo constar en la portada su condición de optante al premio Novelas y Cuentos.

De acuerdo con lo establecido en el preámbulo de esta convocatoria, no habrá preferencia por la novela o por el libro de cuentos, y solamente la calidad artística y la originalidad y modernidad de la obra serán tenidas en cuenta por el Jurado en el propósito dicho de alumbrao o confirmar nuevos nombres en nuestra narrativa.

## IX Exposición Bibliográfica Internacional de Valladolid

### Clásicos Castalia, premio a la mejor colección

**L**A colección Clásicos Castalia ha merecido el premio a La mejor colección de libros en la IX Convocatoria de la Exposición Bibliográfica Internacional de Valladolid, celebrada del día 26 de febrero al 3 de marzo. El total de las editoriales participantes en la exposición fue de 73; se concedieron 12 premios y dos menciones especiales.

La colección Clásicos Castalia fue fundada en 1963 por don Antonio Rodríguez-Moñino, y en la actualidad la dirige don Alonso Zamora Vi-

cente, secretario perpetuo de la Real Academia de la Lengua. Justamente en este año ha alcanzado los 100 primeros volúmenes que abarcan 121 obras literarias distintas, que ocupan más de 31.000 páginas, a las que hay que añadir 600 dedicadas a ilustraciones, de las cuales más de un centenar corresponden a reproducciones facsimilares de las portadas de las primeras ediciones.

Al acto de entrega de premios asistieron las autoridades y hombres de la cultura de Valladolid.

Escribe Leopoldo AZANCOT



## LIMITES DE UN GENERO

### LA NUEVA NOVELA DE LE CARRÉ

EN La gente de Smiley (Argos Vergara), Le Carré retorna al interior de las fronteras de un género, la novela de espionaje, que él vulnerara en su anterior obra, lo cual me hace suponer que mi primer enfoque de la misma —yo pensaba que El honorable colegial constituía un intento por su parte de «elevarse» a la condición de escritor sin géneros, y que el mismo era la causa de la hibridez del producto: novela de espionaje con pretensiones trascendentes, ni carne ni pescado— era erróneo y que, muy sagazmente, el escritor británico, conocedor de los tics mentales de los críticos, ha jugado fuerte y ha alcanzado un triunfo: conseguir que la crítica, con sus habituales prejuicios elitistas, lo reconociera como un escritor «serio» gracias precisamente a uno de sus peores libros.

La gente de Smiley es una excelente novela de espionaje, que no aspira a ser otra cosa, y eso nos reconcilia con su autor a quienes no creemos que la importancia artística se mida exclusivamente por las pretensiones del escritor, ni que —por ejemplo— Graham Greene sea un novelista de primera categoría. Como las mejores suyas, ésta se caracteriza por contrabalancear mediante notaciones realistas la irrealidad propia de la novela de aventuras, por conferir a sus personajes un espesor humano y una complejidad que la gran novela de espionaje inglesa de entreguerras —pienso en los primeros libros de Eric Ambler— desdénaba como inútiles, por banalizar en lo posible la aventura misma, por servir de ella para denunciar la mediocridad de los Servicios de Información y el fondo turbio sobre el cual se alza la política internacional de nuestro tiempo —y de cualquier tiempo.

Dotado de un agudo sentido del suspense, y dueño de las más tradicionales y eficaces técnicas narrativas, Le Carré se sirve de todo ello para conferir una densidad inusitada a sus tramas, alargando los tiempos, multiplicando los incidentes menores, no rehuendo los espacios narrativos neutros, lo que, unido al recurso balzaquiano de pasar personajes de una novela a otra, con el consiguiente enriquecimiento de nuestro conocimiento de los mismos, proporciona a sus libros un incremento de la ilusión realista.

## EROS TOTAL

### UN LIBRO INQUIETANTE

La experiencia nos prueba que quizá no haya problemática más protegida de los embates de la razón que la sexual. Mientras que en otros ámbitos el hombre acepta el diálogo, admite la discusión, revisa sus convicciones y hasta llega a cambiar de creencias, en el de lo erótico se niega a todo cambio, encastillándose en prejuicios comunitarios, ignorando literalmente todo lo que de hecho conoce, haciendo caso omiso de su experiencia y de la de los otros, obstinándose —en suma— en no responder personal y críticamente al reto que supone una realidad tan compleja, tan apta para sacar a luz las raíces de nuestra condición, tan sujeta tradicionalmente a tabúes, como la carnal: por muchos que hayan sido los libros publicados y leídos en España durante los últimos años que atienden a ofrecer una visión racional, científica de las relaciones entre los sexos, la verdad es que la huella profunda de los mismos en las conciencias ha resultado prácticamente nula. ¿Correrá la misma suerte Elementos de crítica homosexual, de Mario Mieli (Editorial Anagrama), libro al que tengo por el más revolucionario e inquietante entre los aparecidos aquí sobre el tema de mucho tiempo a esta parte? Sería lástima.

Superabundancia de ideas y perfecta coordinación y jerarquización de éstas en función de un proyecto de transformación radical de la vida, son las características distintivas de la obra de Mieli, quien centra su exposición en una idea que desazonará a muchos: la de la naturaleza hermafrodita del deseo. Según él, todo ser humano se siente atraído por individuos de uno y otro sexo, debiéndose a la coacción religiosa, política, social, que la mayoría se cierra a tal evidencia. Ahora bien, sólo cuando el ser humano se atreve a enfrentarse con y a asumir su auténtica condición sexual —piensa— podrá ser verdaderamente libre y él mismo en todos los planes de la existencia, por lo que resulta evidente que la lucha por la liberación erótica implica la lucha por la liberación política: cree que el hundimiento del sistema falocéntrico supondrá el del sistema capitalista, y propugna la puesta en juego de las llamadas «perversiones» para lograr tal fin.

Desde mi punto de vista, Elementos de crítica homosexual es mucho más importante por los resultados a que llega en su indagación de la naturaleza del deseo, que por su prospección del futuro. Y ello, a causa de que mientras en el primer caso se afana para no abandonar la perspectiva científica en ningún momento, el espíritu de utopía lo lleva a adoptar posturas que deben más al sueño que a la realidad. Resulta bueno y conveniente, sin embargo, que el libro se abra a los posibles, al futuro, y que lo haga arriesgadamente, pues el mañana no depende sólo del pasado y del presente, sino también de nuestra voluntad, de nuestra capacidad de invención.

Libro no para los que buscan la Verdad, sino para quienes se contentan con nuevos caminos por los que escapan de los «impases» a que nos abocó nuestra condición, el de Mieli debe ser leído como una incitación a repensar nuestra vida erótica; como una contribución de primera magnitud a la intransferible tarea de someter al contraste con la razón realidades que por lo común escapan a ella.

Escribe Manuel ESPIN

## RECUADRO LATINOAMERICANO

### EL LUGAR DE LAS APARICIONES



La publicación de Confabulario personal, de Juan José Arreola (Editorial Bruguera), debería dar pie, por fin, al reconocimiento por el público español de la trascendencia de la obra de este escritor mexicano, uno de los más grandes de la Latinoamérica contemporánea. De mí puedo decir que, desde que trabé conocimiento con ella, hace unos diecisiete años, no he dejado de admirarla, de tomarla como un punto de referencia gracias al cual orientarme por el campo, enmarañado y confuso tantas veces, de las letras americanas.

Cultor de un estilo riquísimo, cuya complejidad toma la máscara de la sencillez en nombre de la elegancia, Arreola ha escrito: «Amo el lenguaje por sobre todas las cosas y venero a los que mediante la palabra han manifestado el espíritu, desde Isaías a Franz Kafka», frase que resume con brillantez su estética. De hecho, todo está en ella: el gusto extremo por lo verbal, concebido no como una suma de objetos, sino como un juego de reflejos de realidades trascendentes; la vindicación del artista como médium de lo colectivo, de lo subjetivo artístico como manifestación de una objetividad espiritual; la revelación del linaje de escritores en que se inscribe —se cuentan remotos conversos entre sus ancestros familiares—. ¿Nos extrañaremos, así, de que su obra, como la de Borges, aparezca bajo el signo de lo extraño, inscrita en una tradición distinta de la mayoritaria latinoamericana? Esto no quiere decir, no obstante, que las fábulas del mexicano o las ficciones del argentino sean ajenas a los países donde surgieron; quiere decir, que unas y otras parten de lo nacional para proyectarse hacia muy lejanos cielos, y que deben lo mejor de sus resonancias animicas a la tensión entre lo temporal y lo eterno.

Tan inteligente en lo estrictamente humano como en lo artístico —otro dato que lo emparenta con Borges—, dueño imaginativo y conceptualmente de las más variadas culturas, abierto a la ironía y al humor metafísico, Arreola, según prueba una de sus inimitables prosas breves, «La lengua de Cervantes» (pág. 251 de la presente edición), hace suyo lo hispánico, pero no se detiene en ello, enriqueciéndolo con dimensiones ajenas: aquéllas en que el espíritu no se ve confrontado de continuo con lo real cotidiano, en que lo común no constituye un estorbo para alcanzar lo egregio.

## SERIE DE DIBUJOS DE L. E. AUTE: "SEÑALAR CON EL DEDO"

# La eterna búsqueda del "yo"

UNA orgía de dedos, ojos y bocas, unas líneas prolongadas que se hacen triángulos y al ser tocados por una nueva dimensión se transforman en pirámides, un juego de azules, rojos y negros, un laberinto de objetos humanos, divinos y mágicos, son algunos de los motivos repetidos en la exposición «Señalar con el dedo: variaciones sobre una interpretación del Ministerio de la Trinidad», que Luis Eduardo Aute expone en la sala Faunas, de Madrid. Coincide esta comparencia con la actuación de Aute celebrada hace pocos días en un teatro de la capital que ha convocado a más de tres mil personas. El primer impacto de la exposición es la persistencia de Luis Eduardo en la técnica del dibujo a bolígrafo, que ya apuntó en algunas de sus muestras anteriores, pero ahora ha podido desarrollar con más profundidad.

«Descubrí esta técnica por accidente, como sucede con todos los descubrimientos —dice Aute—, cuando me retiré de cantar, en 1969, me puse a diseñar carpetas para una compañía de discos. Pensaba editar una antología flamenca por lo que pidieron unas portadas a un dibujante, pero no gustaron y hubo que improvisar rápidamente unos nuevos dibujos. Yo intenté hacer siete portadas con lo primero que tenía sobre la mesa, que eran unos bolígrafos, y, como pude, dibujé una especie de insinuaciones de gestos de gentes del flamenco. A partir de ahí empecé a practicar con el bolígrafo. Es la tercera exposición de dibujos a bolígrafo que hago, poco a poco he ido perfeccionando la técnica, y ésta creo que es la muestra más coherente de todas las que he hecho.»

Los dibujos experimentan con tres colores básicos: azul, rojo y blanco, más el negro y el blanco. «Para representar una oposición y una contradicción en los dibujos tenía que recurrir a dos colores puros, y los que mejor han dado son el rojo y el azul; he huído del amarillo, que es invisible, y del verde, que forma una especie de grumos.»

Las imágenes representan una serie de formas triangulares a partir de una visión libérrima de la Trinidad y su expresión gráfica habitual: el conocido Triángulo. «Los dibujos pretenden ser la expresión plástica de unos conceptos filosóficos, que yo, como no soy filósofo, no he sabido expresar por escrito, pero que he tratado de reflejar de una forma gráfica. Parto de una sustitución de los conceptos de Padre, Hijo y Espíritu Santo por los de Ser, Deseo y Conocimiento. Las imágenes no son gratuitas, cada imagen o color tienen una función, se trata de un dibujo fundamentalmente literario. Me encuentro incapaz de desarrollar esta teoría desde la filosofía, el dibujo me da más posibilidades de contar lo mismo de una forma menos rigurosa.»

«La repetición de los dedos en los dibujos tiene una explicación: el primer hombre que alza el brazo y señala un objeto le da un nombre, lo separa de su subjetividad y se reconoce como sujeto al nombrar las cosas. Sigo la cita de García Márquez en «Cien años de soledad» cuando dice: «El mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre y para men-



cionarlas había que señalarlas con el dedo». Yo creo que ahí nació el lenguaje articulado. En el animal por el mero hecho de ser se produce el deseo (la criatura que desea sobrevivir, luchar, alimentarse...); con el paso del tiempo, del deseo surge el conocimiento (el ser que trata de coger las cosas)... En el hombre se produce otra dimensión: el niño tropieza con el espejo, y allí ve una imagen que no hace suya hasta que reflexiona y descubre su «yo», su subjetividad. Se ha convertido en un «ser que desea conocer su ser», lo que no es otra cosa que la eterna búsqueda del «yo». Lo que supone un nuevo motivo o dinámica del ser. «De ahí amplió la teoría al concepto de Dios, a través de un juego de opuestos... Entonces, toda esta teoría me ha servido de pretexto para desarrollar unos dibujos que no son más que un ensayo plástico o juego estético.»

Uno de los trabajos que más llaman la atención es un autorretrato de Aute. «Más de una vez he jugado a dibujarme; habitualmente lo hago por una razón bien zafia: me sirve de desintoxicación decir: «Voy a copiar del natural», y como a veces no tengo modelo, me es más cómodo reflejar mi imagen en un espejo y dibujarla en una cartulina.»

Aute, que tiene miedo en caer en una «excesiva prodigalidad» por sus actividades múltiples (canción, dibujo, pintura, poesía, cine, cuento...), cree que sus últimas dedicaciones (música, poesía, pintura) tienen un parentesco común y vienen a ser una misma continuación: «Existe una clarísima relación de paralelismo entre unas cosas y otras, pues todas surgen espontáneamente: el mensaje es el mismo, lo puedo expresar mejor a través de una cosa o de otra, pero el contenido apenas varía. Esta exposición tuvo su arranque hace dos años, empecé a hacer algunos cuadros de forma intermitente, cuando tenía diez dibujos me di cuenta que todo aquello tenía coherencia y que podría resultar una obra que podía ser expuesta.»



Escribe DIAZ-PLAJA  
(de la Real Academia Española)

## CENTENARIO DE QUEVEDO

# “España contra todos” (1)

UNA expresión terrible hallamos en Quevedo: «España contra todos.» Consecuencia de otra no menos dramática: «todos contra España.» Un conocidísimo soneto suyo, en efecto, se titula «Advertencia a España de que así como se ha hecho señora de muchos, así será de tantos enemigos invidiada y perseguida, y necesita de continua prevención por esta causa». Los catorce versos de la estrofa, que Quevedo maneja con tanta fuerza, en las posibilidades epigramáticas que le da su brevedad, empiezan recordando los orígenes de España, que sitúa en Pelayo y en Covadonga (1).

«Un godo, que una cueva en la montaña guardó, pudo cobrar las dos Castillas...»

El soneto se despliega en un crescendo enumerativo del avance ecuménico: Andalucía, Navarra, Aragón, Sicilia, Nápoles, Milán, Portugal y, en fin, América:

«Colón pasó los godos al ignorado cerco de esta bola.

Y es más fácil, oh España!, en muchos modos que lo que a todos les quitaste sola te puedan a ti sola quitar todos.»

En otro soneto de Quevedo, esta confrontación se extiende a los tiempos que le tocó vivir y presenta a la Monarquía de Felipe IV como un emblema de esa «España contra todos» a que hemos hecho referencia. Está fechado en 1603 y dice así: «Escondido debajo de tu Armada gime al Ponto, la vela llama al viento y en las luces de Tracia, con sangriento eclipse ya rubrica tu jornada.

En las venas sajónicas tu espada el acero caliente, y, macilento, te atiende el belga, habitador violento de poca tierra, al mar y a ti robada.

Pues tus vasallos son el Etna ardiente y todos los incendios que a Vulcano hacen el metal rígido obediente, arma de rayos la invencible mano, caiga rota y deshecho el insolente belga, el francés, el sueco y el germano» (2).

Hay una cierta voluptuosidad geográfica enumerativa, de topónimos y habitantes, en la sucesión de pueblos hostiles: turcos, alemanes, flamencos... La alusión al belga «insolente», «habitador violento de poca tierra al mar y a ti robada», es un prodigio de síntesis fulgurante.

Son muy interesantes, en Quevedo, las

alusiones a la guerra de Treinta Años, que anotamos en sus sonetos «para el túmulo del Rey de Suecia, Gustavo Adol-

fo» o «para el monumento funerario de Wolistan» (Wallenstein) (ed. cit. págs. 456-57). O los dedicados «a la muerte del Rey de Francia» (id. id. págs. 455, 466, 475) referido a Enrique IV, asesinado en 1610 por Ravillac. En todos hay un fenómeno curioso de conmiseración, por la extinción de unos personajes hostiles a la Monarquía, así como una atenta observación de los fenómenos históricos europeos.

La «nostalgia de una edad heroica», finalmente, si bien la hace recordar, como vimos en la «epístola censoria» la ruda

austeridad de la Edad Media —«edad, si mal hablada, vencedora», se cifra como es lógico, más plenamente, en Carlos V, como bien lo testimonia el famoso soneto que, según González de Salas destinaba Quevedo a una estatua del Emperador que se encontraba en Aranjuez (3), y que es bien conocido:

En una carta fechada en 1645, Quevedo escribe:

«Las selvas hizo navegar, y el viento el cáñamo de sus velas respetaba, cuando, cortés, su anhilito tasaba con la necesidad del movimiento.»

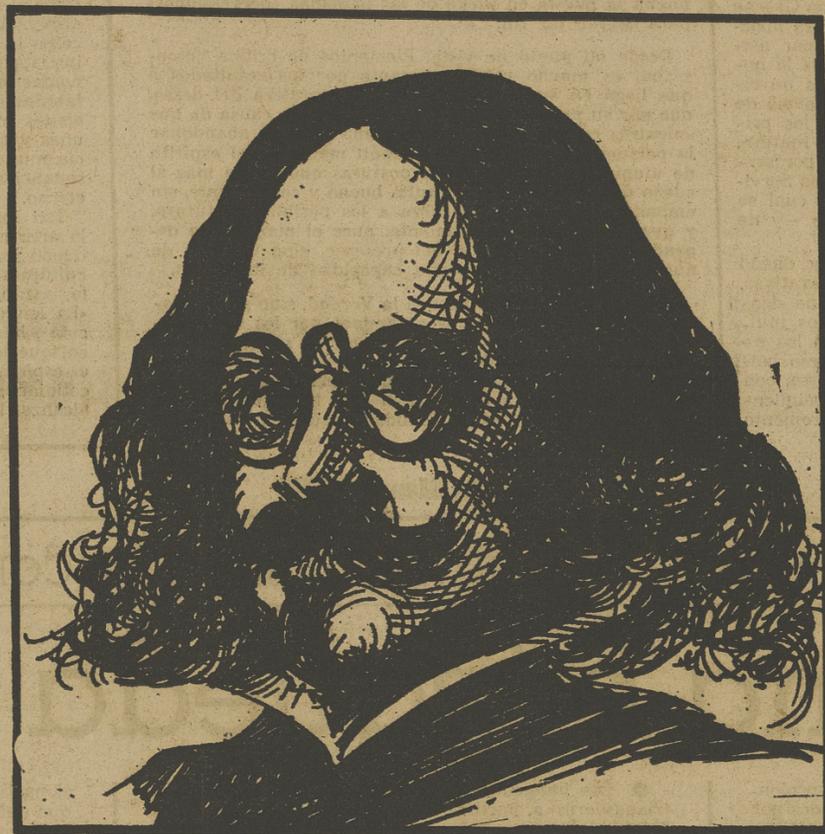
«Dilató su victoria el vencimiento por las riberas que el Danubio lava, cayó el Africa ardiente, gimio esclava la falsa religión en fin sangriento.

Vio Roma en la desorden de su gente,

si no piadosa, ardiente valentía, y de España el rumor sosegó ausente.

Retiró a Solimán, temer de Hungría, y por ser retirada más valiente se retiró a sí mismo al postrer día.»

«Muy malas nuevas escriben de todas partes, y lo peor es que todos las esperaban así. Esto... no sé si se va acabando ni si se acabó. Dios lo sabe. Que hay muchas cosas que, pareciendo que existen y tienen ser, ya no son nada, sino un vocablo y una figura.»



(1) En mi libro «El espíritu del barroco» (1941) llamo la atención hacia lo que en el siglo XVII constituye la nostalgia de una Edad Media heroica (es decir, de la Edad Media). Recuérdese que la «Epístola censoria», de Quevedo, evoca aquella España que no conocía las Indias corruptoras («derramado y sonoro el océano, / era divorcio de las rubias minas, / que usurpan la paz del pecho humano»). La «Epístola» trae varias sorpresas: empieza prometiendo mucho, y acaba en una soflama antiaurina; parece un grito de rebelión, y es una adulación del conde-duque de Olivares, «deseoso de la renovación de los trajes y ejercicios de la nobleza española». Gregorio Marañón, en su famoso libro sobre el privado, presenta una figura de Quevedo muy distinta de la del intelectual «liberal», que quisieron ver algunos historiadores del siglo XIX, y esta epístola, bajamente adulatoria, lo demuestra.

(2) En una variante de este mismo soneto (manuscrito de Evora) se dice curiosamente «Quiere en las venas del inglés tu espada / matar la sed al español sediento», con lo que se añade otro factor geográfico. ¿No es todo hipébole? En otro soneto («Al retrato del rey nuestro señor») Quevedo cierra su elogio con estos versos: «tus ejércitos, naves y legiones / lazos son de tu inmensa fortaleza, / con que cierras los mares y naciones.» «Obra poética de Quevedo», ed. Blecua, Madrid: ed. Castalia, vol. I, págs. 422-423.

(3) Jaime O. Crosby: «En torno a la poesía de Quevedo», Madrid, ed. Castalia, 1967, págs. 67 y ss.

## EN LA FUNDACION MARCH

# CASALDUERO SOBRE CERVANTES



ANALIZAR el sentido y la forma de la obra cervantina ha sido el propósito del ciclo de conferencias que el crítico e historiador de la literatura Joaquín Casaldüero ha impartido estos días en la Fundación Juan March. A lo largo del mismo el profesor Casaldüero se ha referido al teatro de Cervantes, a los dos Quijotes, de 1605 y 1615, y a la novela «Los trabajos de Persiles y Sigismunda».

Basándose en una serie de puntos de referencia, el conferenciante ha diferenciado los Quijotes de 1605 y de 1615, que, en su opinión, no son continuación el uno del otro, sino novelas muy diferentes: «Al escribir el de 1615, el pesamiento de Cervantes se ha desarrollado ya en una dirección muy distinta; no vemos la identidad entre ficción y realidad que se daba en 1605, sino que el personaje de ficción vive en la realidad; don Quijote sabe que es protagonista de un libro; además, en la novela de 1615, Cervantes ha dejado atrás el mundo árabe, lo que ahora cuenta es la libertad de conciencia que propugna el mundo protestante.»

Una acción única, dada por la oposición de elementos; el abandono de los tres grandes cauces temáticos —caballeresco, literario y amoroso— claves en el Quijote de 1605, y una experiencia moral son otros de los aspectos que más diferencian, para Casaldüero, el Quijote de 1615 del anterior: «Si en 1605 se crean los ideales —Dulcinea, la Insula—, símbolos respectivos de la belleza-virtud y de la justicia-política, en 1615 lo importante es ver realizados esos ideales y conservarlos. Es más, don Quijote comprende que sin la intervención de Sancho no puede surgir el ideal.» Con respecto al amor, explica Casaldüero cómo en 1615 es un amor completamente social: «Pero Cervantes no hace una sátira de la sociedad, sino que nos presenta con gran ca-

pacidad de comprensión lo que esa sociedad es, con sus defectos y sus virtudes; la sociedad deforma al creador, quien, a su vez, necesita de ella, y así se explica que la figura grotesca de 1605 se haya transformado en 1615 en figura de figurón; y de ahí también el sentido y la importancia de las burlas, engaños y la representación. El arte —nos viene a decir Cervantes— es un reflejo de la sociedad, refleja las ideas que la han estructurado y que la sociedad deforma; devuelve a las ideas su forma primera y pura.»

«La novela de 1615 —concluye el conferenciante— es una lección trascendente: si la muerte de don Quijote en 1605 era grotesca, en 1615 adquiere una enorme trascendencia; en sus últimos momentos don Quijote hace examen de conciencia y recobra la salud mental, porque ha descubierto que la vida es tan sólo una locura.»

Del Persiles, opina el profesor Casaldüero que no fue comprendida ni por el neoclasicismo ni por el siglo XIX, que le negó, como a tantas obras del siglo XVII, su auténtico valor de composición y magnífico estilo. En su opinión, esta obra, escrita por Cervantes tres años antes de su muerte, tiene la misma composición que los dos Quijotes y algunas novelas ejemplares, y además debe compararse con La vida es sueño, de Calderón, y con los Autos Sacramentales. El profesor Casaldüero, en su conferencia sobre esta obra, analizó, entre otros temas la existencia de dos mundos y dos tiempos; la isla y el palacio; el dormir o el soñar y el despertar, y cómo en ella Cervantes quiere reflejar la historia del mundo: el poder, la capacidad de mando, el Imperio (la soberbia), de un lado, y la civilización, el lujo, la corte (la lascivia), del otro, son las dos historias eje de la humanidad; otra dicotomía que presenta Cervantes en su Persiles son el templo (religión) y la comedia, los dos extremos que rigen su pensamiento.